

LA CONFESIÓN DE PEDRO Y EL ESPÍRITU CISMÁTICO

Transcribimos de la revista *Arx* este hermoso artículo de Vladimiro Soloviev, el célebre escritor ruso, convertido hace pocos años al Catolicismo. Nadie desconoce la conveniencia de divulgar esta doctrina en las actuales circunstancias porque pasa la Iglesia en este país.

Están perfectamente de acuerdo entre sí, los cristianos, sobre este punto: que la Iglesia ha sido instituída por el Cristo, pero se trata de ver cómo y en qué términos lo hizo. Ahora bien; no hay más que un solo y único texto evangélico que hable directa, explícita y formalmente de la institución de la Iglesia.

Este texto constitutivo vuélvese más y más luminoso, a medida que la Iglesia se desenvuelve precisando cada vez más las condiciones concretas de su organismo; de aquí que, los adversarios de la verdad, no encuentran hoy nada mejor que truncar la palabra de Cristo para adaptarla a su punto de vista confesional.

«Habiendo llegado Jesucristo a los confines de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos:—¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre? Y ellos le respondieron:—Unos dicen que Juan Bautista; otros, Elías; otros, en fin, Jeremías o alguno de los Profetas. Y El les dijo:—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo:—Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesús, le dijo:—Bienaventurado eres, Simón Bariona, porque no es la carne ni la sangre que te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta *piedra* edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los cielos, y lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra será también desatado en el cielo.» (St. Math, XVI, 13, 19) (1).

(1) Véase también, 1.º CXXI, 15, 17 y Luc., XXII, 32 relativas a la colación e indefectibilidad del primado (N. de R.)

La unión de lo divino y de lo humano, que es el objeto de la Creación, se ha cumplido individualmente (hipostáticamente) en la Persona única de Jesucristo. «Dios perfecto y Hombre perfecto, que une las dos naturalezas de una manera perfecta, sin confusión ni división.» (Fórmula de San León el Grande, y del Concilio de Calcedonia.)

En adelante la obra histórica de Dios entra en una nueva fase: ya no se trata de una unidad física e individual, sino de una reunión moral social. El Hombre-Dios quiere unir a sí, con unión perfecta, al género humano sumergido en el pecado y los errores. ¿Y cómo va a proceder? ¿Se dirigirá separadamente a cada alma humana? ¿Se limitará a un aspecto puramente interior y subjetivo?

No, responde, no: *Edificaré mi Iglesia.*

Una obra real y objetiva nos es anunciada. Pero ¿la someterá a todas las divisiones naturales del género humano? ¿Se unirá, El, a las naciones particulares como tales, dándoles iglesias nacionales e independientes?

No, puesto que su palabra no es: *Edificaré mis iglesias*, sino: *Edificaré mi Iglesia.*

La humanidad unida a Dios debe formar un solo edificio social y se trata solamente de encontrar una base sólida para esta unidad.

La unión verdadera consiste en la unión recíproca de los que se unen. El acto de la verdad absoluta que se revela en el Hombre-Dios (o el Hombre perfecto) debe encontrar de parte de la humanidad imperfecta un acto de adhesión irrevocable que la vincula al principio divino. El Dios encarnado no quiere que su verdad sea aceptada de una manera pasiva y servil, y pide, en su nueva dispensación, ser reconocido por un acto libre de la humanidad.

Pero es necesario que este acto libre esté *absolutamente en la verdad*, que sea *infalible*. Se trata de fundar la humanidad caída sobre un punto fijo e incontrovertible en el cual la acción edificadora de Dios pueda apoyarse inmediatamente; un punto donde la espontaneidad humana coincida con la Verdad divina en un acto sintético, puramente humano (1) en cuanto a la forma, divinamente infalible en cuanto al fondo.

(1) Advertimos que los actos de fe como sobrenaturales, no pueden decirse puramente humanas: obra Dios en su emisión como autor del orden sobrenatural y sienten muchos autores que son aun en la sustancia sobrenaturales. N. de la R.

En cuanto al fondo de la humanidad física e individual de Cristo, el acto de la omnipotencia divina no exigió para su eficacia más que una adhesión eminentemente pasiva y receptiva de la naturaleza femenina, en la persona de la Virgen Inmaculada. La edificación de la humanidad social o colectiva de Cristo, de su cuerpo universal (la Iglesia), pide menos, y, a la vez, más que eso.

Menos, porque la base humana de la Iglesia no tiene necesidad de estar representada por una persona absolutamente pura e inmaculada, pues no se trata aquí de crear una relación substancial e individual o una unión hipostática y completa de dos naturalezas, sino, solamente, de fundar un conjunto actual y moral.

Pero este nuevo vínculo (el que une a Cristo con la Iglesia), menos profundo y menos íntimo que el precedente (entre el Verbo Divino y la naturaleza humana, en el seno de la Virgen Inmaculada) es más positivo—humanamente hablando—y más vasto.

Era preciso, pues, buscar en la humanidad un punto de cohesión activa entre lo divino y lo humano, para formar la base o piedra fundamental de la Iglesia. Jesús, en su presciencia sobrenatural, hubiera indicado de antemano esa piedra. Pero para mostrarnos que su elección está exenta de capricho, empieza por buscar en otros lados el correlativo humano de la verdad revelada.

Se dirige primero al *sufragio universal*; quiere ver si no puede ser aceptado, afirmado, reconocido, por la opinión de la multitud, por la voz del pueblo.

Quem dicunt homines esse Filium hominis? ¿Por quién los hombres me toman?... La verdad es una e idéntica, al par que las opiniones de los hombres múltiples y contradictorias. La voz del pueblo que (según pretenden) sería la voz de Dios, sólo ha respondido por errores arbitrarios y discordantes a la pregunta del Hombre-Dios.

No hay conjunción posible entre la verdad y los errores: la humanidad no puede entrar en relación con Dios por el sufragio universal: la Iglesia de Cristo no puede estar fundada sobre la Democracia.

Y no hallando la afirmación humana de la verdad divina por medio del sufragio universal, Jesucristo se dirige a sus elegidos: al colegio de los Apóstoles, a ese concilio ecuménico primordial.

¿Vos autem quem me esse dicitis?—¿Y vosotros por quién me tomáis?... Pero los Apóstoles se callan.

Cuando se trataba, hace un momento, de exponer las opiniones humanas, los doce hablaron todos a la vez: ¿por qué ahora dejan

la palabra a uno sólo cuando se trata nada menos que de afirmar la verdad divina?

Quizás no estén entre ellos completamente de acuerdo. Quizás Felipe no perciba exactamente la relación esencial entre Jesús y su Padre celestial. Quizás Tomás tenga dudas sobre el poder mesiánico de su Maestro.

El último capítulo de San Mateo nos enseña que, ni en la montaña de Galilea, adonde fueron llamados por Jesús *resucitado*, se mostraron unánimes los Apóstoles, ni firmes en la fe: *quidam autem dubitaverunt*.

Para que el Concilio atestigüe la verdad pura y simple, es preciso que el Concilio esté conciliado: el acto decisivo debe ser un acto absolutamente individual, el acto de uno solo. No es, ni la multitud de los creyentes, ni el concilio apostólico, es Simón Bariona sólo quien responde a Jesús. Respondens Simon Petrus dixit:—*Tu es Christus Filius Dei vivi*, responde por todos los Apóstoles, pero habla por su propia cuenta, sin consultarlos, sin esperar su asentimiento.

Cuando los Apóstoles repitieron, hace un momento, las opiniones del pueblo, solo expresaron errores. Si Simón no hubiera querido decir más que las opiniones de los Apóstoles, seguramente que no hubiera acertado con la verdad pura y simple. Pero siguió el impulso de su espíritu, la voz de su propia conciencia, y, Jesús, al aprobarlo solemnemente, declara que ese movimiento, por muy individual que sea, proviene sin embargo del Padre, es decir, que es un acto humano y divino a la vez: una verdadera conjunción entre el Ser absoluto y el sujeto relativo.

El punto firme, la roca o piedra inquebrantable para apoyar la operación divino-humana, está encontrada: un solo hombre que asistido por Dios responde en nombre del mundo entero: he aquí la base constitutiva de la Iglesia universal.

No reposa ni en la unanimidad imposible de todos los creyentes, ni en el acuerdo siempre indeciso de un concilio, sino en la unidad viva y real del primero de los Apóstoles. Y en adelante, cada vez que una cuestión de verdad sea planteada ante la humanidad cristiana, no será, ni del sufragio universal, ni del consejo de los elegidos, de quien recibirá respuesta determinada, precisa, decisiva.

Las opiniones arbitrarias de los hombres sólo harán nacer herejías; y la jerarquía descentralizada y abandonada al poder secular, se abstendrá de hablar, o se manifestará en concilios como el «latrocinio» de Efeso. Únicamente en su unión con la *piedra*, sobre la cual

está fundada, la iglesia, puede reunir verdaderos concilios y, por medio de fórmulas auténticas, fijar la verdad.

Y no es esto una opinión: es un hecho histórico de tal manera impresionante, que en las épocas solemnes ha sido confesado por el mismo episcopado de Oriente, envidioso, como era, de los sucesores de Pedro.

No ya el admirable tratado dogmático de San León el Grande ha sido reconocido como una obra de Pedro por los Padres griegos del cuarto concilio ecuménico; sino que a Pedro igualmente se refirió, en el sexto concilio, la carta de Agatón (Papa que estaba lejos de tener la autoridad personal de San León).

«El Jefe y Príncipe de los Apóstoles, decían los Padres orientales, combatía con nosotros... Se veía la tinta (de su carta) y Pedro hablaba por Agatón»

Y si en la manifestación activa de la verdad puede la Iglesia prescindir de Pedro, que se nos explique esa mudez indecible del episcopado de Oriente (que guarda, sin embargo, la sucesión apostólica), desde el momento que se separó de la cátedra de San Pedro. ¿Será un simple accidente? ¡Un accidente que dura después de mil años!...

Siempre y en todas partes, cuando Pedro no habla, no son las opiniones humanas las que levantan la voz, porque los Apóstoles se callan. Y Jesús no ha aprobado, ni los sentimientos vagos y discordantes del pueblo, ni el silencio de los elegidos; es la palabra decisiva, autoritaria y firme de Simón Bariona, la que Él ratifica.

¿Y no es evidente que esa palabra que ha satisfecho al Señor, no tenía necesidad de ninguna confirmación humana? ¿No es evidente que guardaba todo su valor *etiam sine consensu Ecclesiae*, «aun sin el consentimiento de la Iglesia», según la fórmula del Concilio Vaticano?

No es mediante una deliberación colectiva, sino con la asistencia inmediata del Padre celestial (como Jesús mismo lo atestigua), que Pedro ha formulado el dogma fundamental de la Iglesia. Su fuerza, no por el consentimiento de los otros: *ex sese, non autem ex consensu Ecclesiae*.

A las incertidumbres de la opinión, la palabra de Pedro opone la firmeza y la unidad de la verdadera fe; a las mezquindades del sentimiento nacional concernientes al Mesías, opone la idea mesiánica en su forma *absoluta y universal*.

La idea del Mesías crecida en el terreno de la conciencia nacional de Israel, tiende a exceder ese límite en las visiones de los Profetas

posteriores al Destierro; pero el sentido real de esas visiones llenas de misterios y enigmas, apenas fué adivinado por los mismos escritores inspirados.

En cuanto a la opinión pública de los judíos, quedaba exclusivamente nacionalista; no podía ver en el Cristo sino a un gran profeta nacional (como Elías, Jeremías, Juan Bautista), o a lo más, un dictador omnipotente, libertador y jefe del pueblo elegido, como David y Moisés.

Y esta era la opinión más exaltada, la que profesaba sobre Jesús el pueblo que le seguía: sabemos que los mismos elegidos, aun al fin de la vida terrestre del Maestro, participaron de esos sentimientos populares.

Sólo en la confesión de Pedro la idea mesiánica se desliga de todo elemento nacionalista y reviste por vez primera su forma universal definitiva:—; Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo! No se trata ya de un profeta o rey nacional: ya no es el Mesías un segundo Moisés o David, pues lleva en adelante el Nombre único de Aquél que, por ser Dios de Israel, no lo era menos de todas las naciones de la tierra.

Esta confesión de Pedro trascendiendo al nacionalismo judío, ha inaugurado la Iglesia Católica de la nueva Alianza: y es una razón más, ésta, para que Pedro sea el fundamento de la Cristiandad; para que el Papado (soberano poder jerárquico que, sólo él ha mantenido siempre el carácter universal o internacional de la Iglesia), sea el heredero indiscutible de Pedro, el poseedor real de todos los privilegios que el Cristo otorgó al Príncipe de los Apóstoles.

«Y yo te digo que tú eres Pedro», etc.

De los tres atributos que según este texto constitutivo pertenecen de derecho al Príncipe de los Apóstoles (1.º la vocación para ser la base del edificio eclesiástico por la profesión infalible de la verdad; 2.º la posesión del poder de las llaves; 3.º el poder de atar y desatar), únicamente este último le es común con los otros apóstoles.

Todos están de acuerdo en que el poder apostólico de atar y desatar no ha sido atribuído a los Doce a título de personas privadas, ni como privilegio pasajero, sino que es origen y manantial auténtico de un derecho sacerdotal perpetuo, que ha pasado de los apóstoles a sus sucesores en el orden jerárquico, a los obispos y sacerdotes de la Iglesia Universal.

Pero si esto es así, las dos primeras atribuciones vinculadas de

manera más solemne y más expresiva a San Pedro en particular, no pueden ser tampoco privilegios privados o accidentales. Y ello sería tanto más imposible desde que al primero de estos privilegios ha unido expresamente el Señor la permanencia y estabilidad de su Iglesia, en su lucha futura contra los poderes del mal.

Si el poder de atar y desatar otorgado a los Apóstoles no es una simple metáfora, ni un atributo puramente personal y pasajero, sino, al contrario, el germen real y viviente de una institución universal y perpetua, que abraza toda la existencia de la Iglesia, ¿cómo las ventajas particulares de San Pedro, proclamadas en términos explícitos y solemnes, pudieran ser imágenes sin consecuencia o privilegios personales y temporarios?

¿No deben aplicarse a una institución fundamental y permanente de la cual la persona histórica de Simón Bariona sólo es la representación principal y típica?

El Hombre-Dios no fundaba instituciones pasajeras: en todos sus elegidos veía a través y más allá de su individualidad mortal, los principios y tipos permanentes de su obra. Lo que decía al colegio apostólico abrazaba al orden sacerdotal, a la Iglesia que enseña, en su totalidad.

La palabra sublime que dirigió a Pedro solamente creaba en la persona de este apóstol único, el poder soberano e indivisible de la Iglesia universal en toda su duración y desenvolvimiento a través de los siglos futuros.

Y si no es al poder *común* de los Apóstoles, a que el Cristo ha querido vincular la institución expresa de su Iglesia y la garantía de su permanencia, (pues no se dijo al Colegio Apostólico: «Sobre *vosotros* edificaré mi Iglesia»); esto prueba evidentemente que el Señor no ha considerado el orden episcopal y sacerdotal (representado por los apóstoles en común), como suficiente por sí mismo para constituir la base inquebrantable de la Iglesia Universal en su inevitable lucha contra las puertas del Infierno.

En esta lucha contra el mal pensaba Jesús, ante todo, al fundar su Iglesia visible, y para asegurar a su obra la unión que da fuerza, antepuso al orden jerárquico una institución única y central, absolutamente indivisible e independiente, cuyo jefe posee la plenitud de los poderes y promesas: «Eres Pedro, sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Todos los razonamientos en favor del poder central y soberano de la Iglesia Católica tendrían, a nuestros propios ojos, un valor me-

diocre, si fueran simples razonamientos. Pero reposan sobre un *hecho* divino-humano, que se impone a la fe cristiana a despecho de todas las interpretaciones artificiosas con que se quisiera suprimirlo. Nuestro empeño no consiste en exponer la necesidad abstracta de una institución, que ha recibido del Cristo mismo su actualidad viviente.

Cuando los teólogos cismáticos demuestran la necesidad del orden jerárquico de la Iglesia, sus argumentos no podrían convencernos sin el *hecho* evangélico primitivo: la elección de los doce apóstoles para instruir a los pueblos hasta el fin de los siglos. Y, en la misma forma, cuando queremos probarles la necesidad de un centro indivisible de la jerarquía misma, es el *hecho* de la elección especial de San Pedro para servir de punto de apoyo humano a la verdad divina en su lucha contra el Infierno, el hecho de esa elección única, lo que da la base inquebrantable a nuestros razonamientos.

Si se entiende por Iglesia la reunión *perfecta* de la humanidad con Dios, el Reino *absoluto* del amor en la verdad, no se puede admitir ningún poder ni autoridad en la Iglesia. Todos los miembros de este Reino Celestial son sacerdotes y reyes, iguales, en absoluto, entre sí, en esa relación, y el solo centro de unidad es, ahí, el Cristo mismo.

Pero no es en ese sentido que hablamos de la Iglesia, puesto que no es en tal sentido que Cristo habló de ella. La Iglesia perfecta, la Iglesia triunfante, el reino de la gloria, suponen, definitivamente suprimidas todas las potencias del mal y puertas del Infierno, y, precisamente, para combatir a éstas, edifica Cristo su Iglesia visible, y para ese fin le da un centro de unidad humana y terrenal, aunque asistido en todo por Dios.

Si no se quiere caer en los extremos opuestos de un materialismo ciego o de un idealismo impotente, fuerza es admitir que las necesidades de la realidad y las exigencias del ideal van juntas y de acuerdo, en el orden establecido por Dios.

Para representar en la Iglesia el principio ideal de la humanidad y la concordia, Jesucristo instituye como tipo original del gobierno conciliar, el colegio o concilio primordial de los doce apóstoles, iguales entre sí y unidos por el amor fraternal.

Mas para que semejante unidad ideal pueda ser realizada en todos los lugares y tiempos; para que el concilio y los jefes eclesiásticos puedan en todas partes y siempre triunfar de la discordia y hacer culminar la verdad de las opiniones privadas en la uniformidad de los decretos públicos; para que los debates puedan concluir y la

unidad de la Iglesia manifestarse realmente, sin exponer esta realidad a los accidentes de las convenciones humanas; para no edificar su Iglesia sobre esta arena movediza, el Arquitecto señala la *pedra* sólida, la roca inquebrantable de la monarquía eclesiástica, y fija el ideal de la humanidad vinculándolo a un poder real y vivo.

La *pedra* de la Iglesia, se nos dice, es el Cristo, verdad que jamás fué negada por cristiano alguno.

Pero no sería razonable, caso de ser sincero, el celo de quienes para defender a Cristo de una injuria imaginaria, se obstinasen en desconocer su voluntad y renegando del orden que El instituyó con tanta evidencia.

Porque no sólo ha declarado que la *pedra* de su Iglesia es Simón, uno de sus apóstoles, sino que para imponernos con más eficacia esta nueva verdad, para hacerla más expresiva y evidente, hace de esa vocación (de ser la *pedra* de la Iglesia), el nombre propio y permanente de Simón.

He aquí, pues, dos verdades igualmente incontestables: el Cristo es la *pedra* de la Iglesia y Simón Bariona es la *pedra* de la Iglesia. Y si hay en ello contradicción, ésta no parará aquí: pues vemos que el mismo Simón-Pedro que, *solo*, ha recibido de Cristo este atributo excepcional, proclama sin embargo en una de sus epístolas, que todos los creyentes son *pedras* vivas del edificio divino-humano (I Petri II, 4, 5.)

La *pedra* única de la Iglesia es Jesús; pero si creemos a Jesús, la *pedra* por excelencia de su Iglesia es el corifeo de los apóstoles, y si creemos a éste, la *pedra* de la Iglesia es cada verdadero creyente.

A la contradicción aparente de estas tres verdades no tenemos que oponerle sino su acuerdo real y lógico. Jesucristo, la sola *pedra* del Reino de Dios, en el orden puramente religioso o *místico*, erige al Príncipe de los Apóstoles como *pedra* fundamental de la Iglesia en el orden *social*, para la comunidad de los Cristianos: y cada miembro de esta comunidad unido al Cristo, por el orden que El ha establecido, se transforma en elemento *individual* constitutivo, en una *pedra* viviente de esta Iglesia, que tiene a Jesucristo como fundador *místico* y (actualmente) invisible, y el poder monárquico de Pedro como fundamento *social* y visible.

La distinción esencial de esos tres términos no hace sino que resalte mejor su unión íntima en la existencia real de la Iglesia, que no puede prescindir ni del Cristo, ni de Pedro, ni de la muchedumbre de los fieles.

Para ver en la idea de esta triple relación algo contradictorio, es menester ponerlo de antemano, dando a los tres términos fundamentales un sentido absoluto y exclusivo, que no es, en manera alguna, el propio.

Se olvida que el término *pedra* (es decir: fundamento) *de la Iglesia* es un término de relación y que el Cristo no puede ser piedra de la Iglesia, sino en su unión determinada con la humanidad que constituye la Iglesia.

Y ya que esta unión en el orden social está efectuada, en primer lugar, por una relación central que el mismo Cristo ha vinculado a San Pedro, es evidente que estas dos piedras (el Mesías y su principal Apóstol), lejos de excluirse mutuamente, no forman sino los dos términos indivisibles de una relación única.

En cuanto a lo que mira a la piedra o piedras del tercer orden (la multitud de los creyentes), si se ha dicho que cada uno puede ser una piedra viviente de la Iglesia, no se ha dicho que cada uno lo pueda por sí mismo o separándose del Cristo y del poder fundamental que El ha instituido.

La base de la Iglesia (para hablar en una forma generalísima) es la reunión de lo divino y lo humano. Esta base, esta piedra, la encontramos en Jesucristo en cuanto reúne hipostáticamente la divinidad con la humanidad inmaculada; esta base la volvemos a encontrar asimismo en cada verdadero creyente, según se reúne a Cristo por la fe, los sacramentos, las buenas obras.

Pero ¿no vemos que esos dos modos de reunión entre lo divino y lo humano (la reunión hipostática entre la Persona del Cristo y la reunión individual en la del creyente con el Cristo) no bastan para constituir la unidad específica de la Iglesia en el sentido estricto de la palabra, de la Iglesia, como ser social e histórico?

La Encarnación del Verbo es un hecho místico, pero no un principio social; la vida religiosa individual no da tampoco una base suficiente a la *sociedad* o *asamblea cristiana*: se puede vivir santamente quedándose sólo en el desierto.

Y si, a pesar de todo, hay en la Iglesia, además de la vida mística y la vida individual, vida social, es necesario forzosamente que tal vida tenga una forma determinada con base en un principio de unidad que le sea propio.

Y cuando decimos que este principio específico de la unidad social de la Iglesia no es inmediatamente, ni Jesucristo, ni la masa de los fieles, sino el poder monárquico de Pedro, por cuyo medio Jesucristo

ha querido reunirse *a la humanidad como a un ser social y político*, nuestro sentimiento queda confirmado por este hecho notable de que el atributo de ser piedra de la Iglesia no ha conservado valor de nombre propio y permanente más que en el príncipe de los apóstoles que es así, él solo, la piedra de la Iglesia, en el sentido especial y estricto de este término, la base unificante de la sociedad cristiana histórica.

Tres veces solamente en toda la Historia Sagrada (de los dos testamentos) ha sucedido que el Señor mismo haya cambiado el nombre de un hombre. Cuando Abraham por una fe sin límites se consagró al servicio de Dios vivo, Dios, cambiando su nombre, lo proclamó Padre de todos los creyentes («padre de la multitud»).

Cuando Jacob en una lucha misteriosa opuso al Dios vivo toda la energía del espíritu humano, Dios le dió un nombre nuevo que lo señaló como padre inmediato de ese pueblo singular y único, que ha luchado y lucha todavía con su Dios.

Cuando el descendiente de Abraham y de Jacob, Simón Bariona, reunió la iniciativa enérgica del espíritu humano y la asistencia infalible del Padre celestial para afirmar la verdad divino-humana, el Hombre-Dios cambió su nombre y lo puso a la cabeza de los nuevos creyentes y del nuevo Israel.

Abraham, el tipo de la teocracia primitiva, representa a la humanidad que se consagra y se entrega a Dios.

Jacob, el tipo de la teocracia nacional judía, representa a la humanidad que responde a su Dios, que lo afirma libremente y se une a Él por lazo recíproco e indisoluble.

La fe ilimitada en Dios, que ha hecho de Abraham el padre de los creyentes, se ha reunido en Pedro a la afirmación activa de la fuerza humana, que había caracterizado a Jacob-Israel.

El príncipe de los apóstoles ha reflejado en el espejo terrestre de su espíritu esta armonía de lo divino y de lo humano, cuya perfección absoluta veía en su Maestro, y ha llegado a ser por ahí el primogénito y heredero por excelencia del Hombre-Dios, el padre espiritual de la nueva generación cristiana, la piedra fundamental de esta Iglesia Universal, que es cumplimiento y perfección de la religión abrahámica y de la teocracia de Israel.